

Ediciones *Le Monde diplomatique* «*el Dipló*»
Capital intelectual

Neofascismo

¿Cómo surgió la extrema derecha global
(y cuáles pueden ser sus consecuencias)?

Prólogo:

Pablo Stefanoni

Chantal Mouffe

Alain Badiou

Serge Halimi

Wolfgang Streeck

Cédric Gouverneur

Jacques Rancière

José Natanson

André Singer

Étienne Balibar

y otros

Entrevistas a:

Noam Chomsky

Judith Butler

Álvaro García Linera

LE MONDE
diplomatique

ci Capital intelectual

© de la presente edición, Capital Intelectual S.A., 2022

Director: José Natanson

Coordinadora de Capital Intelectual: Creusa Muñoz

Edición: Creusa Muñoz y Luciana Rabinovich

Asistente editorial: Fermín Gdansky Orgambide

Diseño de tapa: Ana C. Zelada

Diagramación: Daniela Coduto

Traductores: Ignacio Barbeito, Teresa Garufi, Aldo Giacometti, Florencia Giménez Zapiola, Virginia Higa, Leonel Livchits, Patricia Minarieta, María del Carmen Rodríguez, Andrea Romero, Bárbara Poey Sowerby, Lucía Vera y Ramón Vera Herrera

Corrección: Alfredo Cortés

Prensa: Nuria Sol Vega

© Capital Intelectual, 2022

2ª edición. Impreso en Argentina

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (54-11) 4872-1300

www.editorialcapitalintelectual.com.ar

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723.

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina.

Printed in Argentina.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Neofascismo : ¿Cómo surgió la extrema derecha global (y cuáles pueden ser sus consecuencias)? / Alain Badiou ... [et al.] ; compilación de Luciana Ravinovich ; coordinación general de Creusa Muñoz. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2022. 208 p. ; 22 x 15 cm. - (Le Monde)
ISBN 978-987-614-648-7
1. Extrema Derecha. I. Badiou, Alain. II. Ravinovich, Luciana, comp. III. Muñoz, Creusa, coord.
CDD 324.13

Índice

Prólogo

Disfraces para la reacción | Pablo Stefanoni 9

Capítulo 1 | Las raíces del fascismo contemporáneo 19

Herederos de la globalización neoliberal | Chantal Mouffe 21

Una perversión capitalista | Alain Badiou 25

Las derechas y su ideología | Jean-Yves Camus 29

Capítulo 2 | La nueva cara de la extrema derecha en Europa 37

El descontento popular, combustible de la derecha francesa | Serge Halimi 39

La versátil ideología de Marine Le Pen | Eric Dupin 49

El estallido de Europa: Alemania, los refugiados y el Brexit | Wolfgang Streeck 57

La jamás existente “excepción española” | Antonio Maestre 69

Democracia corrompida en Hungría | G. M. Tamás 79

La islamofobia se apodera de la “ejemplar” Noruega | Remi Nilsen 87

Tierra fértil para el racismo en Austria | Pierre Daum 95

Populismo xenófobo con tinte social en Polonia | Cédric Gouvenneur 105

Capítulo 3 El ascenso de Donald Trump y la decadencia de Estados Unidos	119
Una nueva versión de políticas viejas Alain Badiou	121
Entrevista a Noam Chomsky: Trump y la irrelevancia de la verdad Federico Kukso	131
Entrevista a Judith Butler: Nacionalismo xenófobo y retroceso democrático Christian Salmon	143
Los necios y los sabios Jacques Rancière	155
Capítulo 4 Reacción antiprogresista en América Latina	161
Entrevista a Álvaro García Linera: “Hoy el neoliberalismo es el defensor de un mundo en retroceso, no un constructor de futuro” José Natanson	163
La cabalgata autoritaria de Jair Bolsonaro André Singer	171
Argentina: ¿Hasta dónde puede llegar la derecha radical? Gabriel Vommaro	179
Una rebelión contra la igualdad en Argentina Ezequiel Ipar	187
Epílogo	
Una democracia jaqueada por el neoliberalismo Étienne Balibar	195
Procedencia de los textos	199
Los autores	203

Prólogo

Disfraces para la reacción

Pablo Stefanoni

El triunfo de Donald Trump en 2016 pareció un balde de agua fría contra lo que quedaba de unos consensos centristas ya erosionados y dio centralidad a una serie de discursos englobados en lo que comenzó a denominarse la *alt-right* (derecha alternativa), básicamente un conjunto de grupos y figuras de derecha radical –con fronteras difusas– que cuestionan no sólo el progresismo sino las antiguas confluencias liberal-conservadoras y neoconservadoras. Ciertos discursos y referentes periféricos e incluso marginales comenzaron a ocupar un lugar en los medios *mainstream* y a romper los “cordones sanitarios”. Adicionalmente, lo que ocurría en Estados Unidos tenía su correlato más transitado en Europa, donde en los últimos años ningún país ha sido ajeno a la presencia de la extrema derecha, incluso las ex “excepciones” como España y Portugal. Y si avanzamos más hacia el Este, encontramos derechas “iliberales” (otra forma de denominarlas) en el gobierno, sobre todo en Polonia y Hungría, desde donde se proponen, de manera explícita, bregar por una “contrarrevolución cultural” europea. Finalmente, más cerca nuestro –Bolsonaro en Brasil– asistimos a una extrema derecha con características latinoamericanas, sobre todo por la presencia de miembros de las fuerzas de seguridad y de las iglesias evangélicas conservadoras en sus filas y en su base social/electoral. Pero sin duda Trump fue más global que cualquier otro y su reciente derrota, si bien no es una

buena noticia para la derecha global, tampoco le cierra el camino. En las siguientes líneas intentaremos ordenar algunas tendencias de la “galaxia ultra”, que hoy aparece como un fantasma tan amenazante como por momentos difuso que se cierne sobre el mundo.

¿Qué extrema derecha recorre el mundo?

Como suele ocurrir con otros fenómenos sociales, los macroconceptos resultan necesarios pero, al mismo tiempo, cuanto más buscan abarcar menos heurísticos se vuelven. Hoy hay una oferta de nombres para referirnos a estos fenómenos resistentes a las simplificaciones. Enzo Traverso retoma el término “posfascismo” elaborado por el filósofo húngaro Gáspár Miklós Tamás. Estas nuevas derechas radicalizadas no son, sin duda, las derechas neofascistas de antaño. Sus líderes ya no son cabezas rapadas, ni se tatúan esvásticas en el cuerpo; a veces incluso tienen “onda”. Son figuras más respetables en el juego político. Cada vez parecen menos nazis; sus fuerzas políticas no son totalitarias, no se basan en movimientos de masas violentos ni en filosofías irracionales y voluntaristas, ni juegan el juego del anticapitalismo (1). Para Traverso, se trata de un conjunto de corrientes que aún no terminó de estabilizarse ideológicamente, de un flujo. “Lo que caracteriza al posfascismo es un régimen de historicidad específico –el comienzo del siglo XXI– que explica su contenido ideológico fluctuante, inestable, a menudo contradictorio, en el cual se mezclan filosofías políticas antinómicas” (2). Por su parte, el académico Jean-Yves Camus propone el término “nacional populismo” para dar cuenta de los esfuerzos por construir un cierto tipo de “pueblo” contra las “élites”, sobre todo las “globalistas”. Para el historiador Steven Forti estamos frente a una “extrema

1 Gáspár Miklós Tamás, “On Post-Fascism. How citizenship is becoming an exclusive privilege”, *Boston Review*, 2000.

2 Enzo Traverso, *Las nuevas caras de la derecha*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2018.

derecha 2.0”, que utiliza un lenguaje y un estilo populistas, se ha transformado sustituyendo el tema racial por la batalla cultural y ha adoptado rasgos provocadores y antisistema gracias también a la capacidad de modular la propaganda a través de las nuevas tecnologías (3). Lo cierto es que, como lo expresó Camus en 2011, la emergencia de las derechas populistas y xenófobas introduce una competencia por el control del campo político que la familia liberal-conservadora no había conocido desde 1945. Por eso, la escritora estadounidense Anne Applebaum se queja con amargura de que los nacional-populistas hayan “enterrado el legado de Reagan y Thatcher”, un análisis que no ahorra idealizaciones de la “Revolución Conservadora” de los 80. No deja de ser sintomático que alguien como George W. Bush desprecie la deriva trumpista, aunque las fronteras son porosas y hay neoconservadores reconvertidos en nacional-populistas. Para los más radicales en la *alt-right*, los viejos neoconservadores son en verdad *cuckservatives*, una combinación peyorativa de “conservador” y “cornudo” que hace referencia a los conservadores del *establishment* supuestamente entregados al progresismo.

Líneas de tensión

Como han señalado trabajos como el de Forti, las extremas derechas comparten mínimos comunes denominadores pero también clivajes y líneas de tensión. Entre los primeros, encontramos el nacionalismo exacerbado –en el caso europeo el euroescepticismo–; un rechazo a los “globalistas” y a la inmigración, sobre todo de musulmanes; una visión mitificada del pasado, y una defensa de valores sociales conservadores, aunque su intensidad

3 Steven Forti, “Objetivo Europa. La nueva estrategia de la extrema derecha 2.0”, en AA.VV., *Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo*, Fundación de los Comunes/Traficantes de Sueños, Madrid, 2020.

varía. Algunos señalan que muchos declinaron el lema de Trump –*Make America Great Again* [Hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande]– como *Make America White Again* [Hacer que Estados Unidos vuelva a ser blanco] y se puede pensar algo similar en términos de añoranzas de viejas jerarquías de género. (Nota al pie: el rechazo al islam va más allá de los migrantes: a menudo se habla del peligro inminente de la islamización de Europa y del “reemplazo” del pueblo y la civilización europeas. Así, el partido español Vox anticipó la islamización de Cataluña si el independentismo ganaba las recientes elecciones regionales (febrero de 2021). Es importante destacar que, como señala Camus, el rechazo a los musulmanes no se basa ya en las jerarquías raciales de matriz fascista o neofascista, sino que se justifica en valores humanistas nacidos del Iluminismo y del combate de las izquierdas: laicidad, libre pensamiento, derechos de las minorías, igualdad de sexos, libertades sexuales.) El etno-diferencialismo reemplazó en gran medida al racismo clásico. Dicho esto hay, como decíamos, puntos de desencuentro. Las extremas derechas del Sur y el Centro-Este europeo son más conservadoras e incluso religiosas (Vox en España, Ley y Justicia en Polonia, Fidesz en Hungría). Mientras que las del Norte de Europa, e incluso Francia, aparecen como más “liberales” en cuestiones sociales y a menudo encontramos entre sus referentes a personas gays o lesbianas (4). También hay un clivaje entre atlantistas y quienes miran a la Rusia de Putin como aliado para debilitar a la Europa globalista, así como económicamente liberales e incluso ultraliberales (Vox, Chega! [Basta!], Alternativa para Alemania, AfD), y otros más “estatistas”. En el “chauvinismo de bienestar” –un Estado de Bienestar solo para nativos– se puede incluir a Marine Le Pen, y parcialmente, a Matteo Salvini y a Giorgia Meloni. Se trata, con todo, de tipos ideales con muchos grises y, como sostiene Forti,

4 Desarrollé este tema en el capítulo “El discreto encanto del homonacionalismo”, en *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2021

de “tacticismos” que hacen que sus posiciones sean dinámicas: por ejemplo, muchos abandonaron la promesa de salida del euro en la medida en que crecían en las elecciones. Hay también que distinguir entre las extremas derechas heredadas de viejas fuerzas (pos)fascistas y los nacional populistas sin vínculos con el pasado fascista, aunque a veces, como en AfD, estén mezclados. En el primer caso, encontramos posicionamientos más “ecológicos” y al mismo tiempo racistas (tradicción ecofascista), y en el segundo predominan posiciones más negacionistas del calentamiento global. Finalmente, pero no menos importante: hoy nos encontramos frente a extremas derechas antisemitas (la “*influencer* fascista” española Isabel Peralta se hizo famosa por su discurso abiertamente nazi y antisemita) pero hay también una parte de la extrema derecha que ve al Israel de Benjamin Netanyahu como un aliado en la cruzada antiislámica. Netanyahu fue, de hecho, el invitado estrella en la asunción de Bolsonaro, y en los foros de las derechas nacional populistas existe una “derecha judía” que comparte ideas antiprogresistas. Por ejemplo, Netanyahu y Viktor Orbán compiten por el odio contra George Soros, hoy personaje de múltiples teorías de la conspiración a escala global, que en Hungría declina en imágenes típicamente antisemitas.

Anticomunismo zombi

Una característica casi pintoresca de las nuevas extremas derechas es un discurso anticomunista propio de la década de 1950. El problema es que hoy hay anticomunistas pero ya casi no hay comunistas. Hace poco, varios referentes de estos espacios firmaron la Carta de Madrid, impulsada por el partido Vox para contrarrestar al Foro de San Pablo y al Grupo de Puebla (dos instancias de izquierda latinoamericana con escasa incidencia real hoy en día). “Una parte de la región está secuestrada por regímenes totalitarios de inspiración comunista”, dice la Carta firmada por ar-

gentinos como el diputado de Juntos por el Cambio Waldo Wolff. El marxismo cultural, de la mano de Antonio Gramsci y, curiosamente, de la Escuela de Frankfurt, habría reemplazado al marxismo histórico y conquistado la hegemonía en instituciones nacionales y globales. Paso seguido, está imponiendo la “dictadura de la corrección política” y una nueva “Inquisición”. Y, no menos importante, la “ideología de género” para separar sexo de género. La extrema derecha actual va de la mano de la expansión de la “in-corrección política”, una vía para traficar racismo, xenofobia, misoginia, homofobia, según los casos. Como escribió Juan Ruocco, la cultura y el lenguaje *chaneros* (por la plataforma 4Chan y otras similares), junto a la cultura del meme, atraviesan los nuevos discursos radicales (5) por lo que a veces es difícil separar lo irónico de lo literal. Es en este marco que Milo Yiannopoulos –hoy caído en desgracia– organizó la “Gira del maricón peligroso” por los campus universitarios progres de Estados Unidos después del triunfo de Trump para difundir la buena nueva de la *alt-right*. Y también en este clima pudo emerger en Argentina el grupo La Puto Bullrich, en apoyo a la ex ministra de Seguridad. Fue un chiste y quedó. Frente a esto, las derechas como Vox, la húngara y la polaca mantienen discursos anticomunistas atados a la defensa de los “valores tradicionales”. Lo que no impide “accidentes” como la detención del ex eurodiputado húngaro e ideólogo del régimen de Orbán József Szájer en una orgía gay en Bruselas en diciembre pasado (por violar las restricciones por el Covid-19). Mientras en Hungría se avanza con leyes anti-LGBTI, en Polonia se restringió aun más el derecho al aborto, y en España Vox no deja de atacar las leyes contra la violencia de género.

5 Juan Ruocco, “Cómo la extrema derecha se apoderó de 4chan”, *Nueva Sociedad*, N° 286, marzo-abril de 2020.

Pueblos versus élites

“Somos el pueblo” puede ser el eslogan de cualquiera de las nuevas extremas derechas. La “gente corriente” enfrentada a una dictadura de las élites progresistas o directamente –*Vox dixit*– a la “tiranía izquierdista”. En muchos casos, los nacional populistas han logrado, como efecto paradójico, que los desencantados vuelvan a votar y no pocas veces impulsan consultas populares temidas por los progresistas. El Brexit fue una de los más emblemáticas, pero hay otras, como la prohibición por referéndum popular de los minaretes de las mezquitas en Suiza en 2009. Sintetizando significados a priori “progresistas”, uno de los bloques de la extrema derecha en el Parlamento Europeo se denominaba Europa de la Libertad y la Democracia Directa, donde estaban Alternativa para Alemania, Demócratas de Suecia y el Partido de la Independencia del Reino Unido. Obviamente, el “sistema” es una construcción de geometría variable. Para Trump era “Washington”, las grandes universidades, la gran prensa, etc. En Europa es “Bruselas” o, más en general, los “globalistas”. Pero más allá de a quién se elija, este discurso permite construir una división entre el pueblo y las “élites”. Esto opera en un contexto en el que, en efecto, los líderes socialdemócratas se fueron volviendo parte del *statu quo* y perdieron la conexión con los de abajo, y los consensos centristas fueron debilitando las diferencias entre centroizquierdas y centroderechas. Pero hay algo más. Sobre todo desde la victoria de Trump y sus ataques contra diversos tipos de instituciones y prácticas no escritas pero sedimentadas, el progresismo se volvió particularmente defensivo: si Trump atacaba a la Organización Mundial de la Salud (OMS), los progresistas salían a defenderla; si el mandatario estadounidense atacaba a las Naciones Unidas, el progresismo salía a defender el multilateralismo; si criticaba la globalización, el progresismo salía a reivindicarla, y así. El problema es que las extremas derechas, como los espejos locos, reflejan un poco de realidad recubierta de enormes tergiversaciones. Y negar esa

dosis de realidad, que normalmente se conecta con el “enojo” de ciertas partes de la población, y que combina razones diversas, reaccionarias y progresistas, aleja al progresismo del “pueblo”. Por eso, una de las tareas del progresismo debe ser diseccionar mejor ese inconformismo que hoy se mezcla de manera particularmente complicada. Desde el Joker hasta los “chalecos amarillos”, esas mezclas desafían a las izquierdas a evitar volverse simplemente defensoras del mundo *tal como es* frente a los peligros del mundo *tal como puede ser* en el futuro.

“Cordones sanitarios” erosionados

En la década de 1990, había cierto consenso democrático, sobre todo en Europa, respecto de la necesidad de un cordón sanitario alrededor de las extremas derechas. Por ejemplo, en Francia en 2002, Jean-Marie Le Pen quedó segundo con el 16,86% de los votos, superando al Partido Socialista. Entonces, todo el arco político votó a Jacques Chirac (centroderecha gaullista), incluso los trotskistas, contra el “fascismo”. Por eso, Chirac pasó entre ambas vueltas de 19,88% a 82,2%, mientras que el “viejo” Le Pen solo llegaba a 17,79% –casi el mismo resultado que en la primera ronda–. Pero las cosas cambiaron desde entonces en al menos dos sentidos. a) Las extremas derechas consiguieron “desdemonizarse”, como dicen en Francia. Austria marcó el camino en 2000, cuando la extrema derecha llegó al gobierno con gran escándalo europeo. Y hoy Marine Le Pen en Francia disputa las segundas vueltas pero, a diferencia de su padre, con casi 35%. b) Las derechas “democráticas” terminaron tratando de robarles banderas a los ultras, por ejemplo respecto de la migración. Hace unos días, el ministro del Interior de Emmanuel Macron, Gérald Darmanin, acusó en un debate a Marine Le Pen de ser demasiado “blanda” con el islamismo y de estar falta de “vitaminas”. La líder de Rassemblement National (RN) retribuyó diciendo que firmaría todo lo que Darmanin dice en su

último libro. De la misma forma, el Partido Popular en España giró a la derecha, y aunque luego intentó volver al centroderecha, eso no le impide mantener alianzas de gobierno regionales con Vox. Por otro lado, los cordones sanitarios no carecen de problemas: sobre todo, construir la imagen de que las extremas derechas están “solás contra todos”, es decir contra el “sistema”. Y a partir de allí tratan de explotar esa polarización para crecer. No hay que dejar de lado que, incluso sin ganar las elecciones, un éxito de las extremas derechas fue, precisamente, alterar la agenda de discusión pública, correr las fronteras de lo “decible” e instalar soluciones a menudo demagógicas pero atractivas por su simplicidad. Incluso los progresismos se ven frente a la tensión entre cosmopolitismo (mantener sus visiones culturalmente “liberales”, populares entre jóvenes y sectores medios) y comunitarismo (reconectar con los de abajo con propuestas de distribución material y de seguridad frente a un futuro demasiado “líquido”). Es una batalla que se libra en todos los planos, incluso en el del humor, donde es necesario ser capaces de “ridiculizar a los ridiculizadores” de derecha sin aparecer como parte de las élites pedantes que se burlan de los de abajo. Sin olvidar el plano intelectual: hace mucho que la izquierda dejó de leer/tomar en serio las ideas de las derechas desde posiciones de superioridad intelectual y moral que hoy resultan contraproducentes y desde latiguillos “antineoliberales” que hoy ya no resultan tan efectivos como en el pasado –en parte porque un sector del propio progresismo también se neoliberalizó en estos años–. En todo caso, para dar cuenta de las derechas actuales es necesario captar lo nuevo que hay en ellas, sin dejar de observar cuánto de eso nuevo “rima” con el pasado. Incluso con sus peores momentos. ■